

Cicerón y Quintiliano ante la retórica

Distintas actitudes adoptadas

Al realizar un estudio crítico-comparado entre la obra retórica de Cicerón y Quintiliano, con objeto de observar los rasgos diferenciados de éste último, no estamos, evidentemente, explorando un campo desconocido. No es menester señalar la abundante bibliografía que obra al respecto¹. Más aún, cualquier estudio quintiliano necesita, inevitablemente, como marco referencial la obra retórica del arpinate, pues, en expresión de W. Kroll, *Ciceros Autorität als Redner wie als Theoriker der Rhetorik war für die Lateiner so gross, dass keiner der späteren Technographen an ihm vorbeigehen konnte; schon für Celsus war er kanonisch*².

En este sentido Quintiliano constituyó el mejor testimonio de admiración hacia Cicerón, admiración que no se limitó al terreno de la elocuencia, al denominarle *Romanae eloquentiae principem* (*inst.* 8, 6, 30); *perfectum oratorem* (*inst.* 12, 1, 19); al decir de aquél que *Cicero iam non hominis nomen, sed eloquentiae* (*inst.* 10, 1, 112); convirtiéndolo, incluso, en el mejor «test» para comprobar la madurez literaria de una persona *ille se profecisse sciat, cui ualde Cicero placebit* (*inst.* 10, 1, 112). Más aún, tal veneración se produjo también en el campo de la retórica, llegando a

¹ F. Sehmeyer, *Beziehungen zwischen Quint. inst. or. und Ciceros rhetor. Schritten* (Münster 1912); O. Poehlmann, *Das stilistische Verhältnis Quintilians zu Cicero* (Erlangen 1922); E. Emlein, *De locis quos ex Ciceronis orationibus in institutionis oratoriae duodecim libris laudavit Quintilianus* (Heidelberg 1907); C. Marchesi, 'De Quintiliano Ciceronis laudatore', *Class. e Neolat.*, 7 (1911) pp. 262-72.

² W. Kroll, 'Rhetorik', *R.E. Suppl.* VII (1940) 1039-1138.

afirmar *dissentire uix audeo a Cicerone* (inst. 7, 3, 8). Así pues, cualquier aspecto quintiliano tendrá que ser examinado al trasluz de la retórica de Cicerón³. Ahora bien, esta inmediatez del modelo ha sido un obstáculo para reconocer las distintas actitudes adoptadas por uno y otro autor ante el tema de la Retórica y, consiguientemente, el estudio comparativo entre ambos autores ha quedado reducido a registrar las diferencias y rastrear las fuentes históricas de las mismas. De este modo se ha venido ignorando como método de trabajo para dicho estudio comparado la utilización de este criterio⁴.

¿Cuáles fueron, pues, estas distintas actitudes? En realidad las circunstancias de cada autor son en este sentido bastantes elocuentes. Cuando Cicerón escribe los tratados retóricos de madurez lo hace ya desde la experiencia y consagración oratoria y quiere que su obra retórica sea, como dice A. Yon⁵, un testamento apologético de su elocuencia. Pero, al mismo tiempo, consagrado en esta última etapa de su vida a los temas teóricos, considera a la filosofía como elemento integrador de toda cuestión especulativa; de ahí que estos tratados retóricos —*De oratore*, *Brutus* y *Orator*— hayan sido concebidos desde esta óptica y, consiguientemente, hayan sido incluidos por el propio Cicerón dentro del catálogo de las obras filosóficas⁶.

En el caso de Quintiliano la situación es completamente diferente. Cuando pone mano a su *Institutio Oratoria*, lo hace no como colofón de una carrera forense, sino tras veinte años de docencia como rétor, tal como él mismo nos señala: *Post impetratam studiis meis quietem, quae per*

3 «...The influence of Cicero is very strong. There are many differences to the rhetorical theory of on the Orator and to other works of Cicero and there are more illustrations of technique taken from Cicero's speeches than from any other source». G. Kennedy, *Quintilian* (Nueva York 1989) p. 55. «Sein Ruhm überdauernte die Antike, verbunden mit dem Glanz der ciceronischen Sprachkunst, aus der er seine eigene Leuchtkraft in bewundernder Hingabe und Rückwendung gewonnen hatte...». H. Rahn, *Ausbildung des Redners* (Darmstadt 1972) p. XI.

4 Evidentemente, si en el caso de Quintiliano la única documentación al respecto está recogida en su *Institutio oratoria*, en el caso de Cicerón serán sus tratados de madurez, *De oratore*, *Brutus* y *Orator*, los que nos sirvan de marco referencial, dado que a ellos se remitió preferentemente la obra de Quintiliano, siendo, por otra parte, la producción retórica juvenil del arpinate desconsiderada por él mismo (*De orat.* 1, 1, 5).

5 A. Yon, *L'Orateur* (Paris 1964). Intr., p. VI.

6 Cic. *Diu.* 2, 1, 4.

*viginti annos erudiendis iuuenibus impenderam, cum a me quidam familiariter postularent, ut aliquid de ratione dicendi componerem...*⁷. Por otra parte, Quintiliano escribe esta obra por encargo y con finalidad didáctica, no como testamento o ideario de su actividad oratoria y mucho menos como un estudio teórico del tema⁸.

Evidentemente, circunstancias tan diferentes habrán de producir actitudes también diferentes y, así aparecen manifestadas en uno y otro autor.

En efecto, ante los temas de retórica Cicerón dirá reiteradamente que él los enjuicia como crítico, no como rétor o maestro. Así lo vemos expresado, unas veces, directamente: *Illud tamen meminerimus... ita potius acturos, ut existimatores uideamur loqui, non magistri* (*Orat.* 112); *ut supra dixi, iudicem esse me, non doctorem uolo.* (*Orat.* 117); *non quem doceam quaero, sed quem probem* (*Orat.* 123).

Otras, a través de Craso, su *alter ego*, *...nostro more... non rhetorico loquamur* (*De orat.* 1, 33), invitando a un diálogo sobre el tema a la manera de los académicos y no de los rétores.

Más aún, Cicerón renuncia explícitamente a ejercer función docente alguna y, consiguientemente, a emitir preceptos sobre la materia, como lo dice expresamente en el *Orator*: *...nulla praecepta ponemus, neque enim id suscepimus...* (*Orat.* 43); *meminerimus, nihil nos praeciipiendi causa esse dicturos...* (*Orat.* 112); e indirectamente en el *De oratore* a través de Craso: *Equidem uobis... fontes, unde hauriretis, atque itinera ipsa ita putauit esse demonstranda, non ut ipse dux essem...* (*De orat.* 1, 203).

Tal actitud crítica ciceroniana procedía, como ya hemos apuntado, de su compromiso filosófico y, más concretamente, de su vinculación con la Academia platónica. Recordemos cómo en el *Gorgias* Sócrates reprocha a Polo el estar más interesado en la llamada retórica que en dialogar sobre la misma⁹.

Actitud muy distinta, en cambio, es la observada por

7 Quint. *Inst.* 1, 1.

8 G. Kennedy, o. c., p. 56: «Again, it is typical of Quintilian that the theories he advances are meant to be practical...».

9 Plat., *Gorg.* 448d.

Quintiliano. Ya en el prólogo de su *Institutio* (1, 5) señala su voluntad pedagógica cuando dice: ...*ad minora illa... me non recusabo, nec aliter quam si mihi tradatur educandus orator, studia eius formare ab infantia incipiam*. Este carácter se evidencia pocas líneas más abajo cuando dice (*praef.* 1, 9): *oratorem autem instituimus illum perfectum...*

Ambas actitudes están claramente reflejadas en los términos *conquirere* e *instituere* utilizados por Cicerón y Quintiliano respectivamente, como se puede comprobar por medio de la siguiente colación: *non enim causidicum nescio quem, neque clamatorem aut rabulam hoc sermone nostro conquirimus, sed eum uirum...* (*De orat.* 1, 202): *non enim declamatorem aliquem de ludo aut rabulam de foro, sed doctissimum et perfectissimum quaerimus...* (*Orat.* 47). Al lado de: *Non enim forensem quandam instituimus operam nec mercenariam uocem, nec ut asperioribus uerbis parcamus, non inutilem sane litium aduocatum, quem denique causidicum uulgo uocant, sed uirum...* (*Quint.* 12, 1, 25).

Si bien Quintiliano es un eco de Cicerón, su actitud, en cambio, es claramente diferente, como lo reflejan los verbos *conquirimus* o *quaerimus* e *instituimus*. En conclusión, creemos que no se ha valorado suficientemente esta actitud tan diferente para comprender mejor las distintas opiniones, a veces sutiles, mantenidas por uno y otro.

El primer hecho que debemos reseñar en consonancia con tales actitudes es la distinta opinión que Cicerón y Quintiliano han ofrecido no sólo sobre la figura del rétor sino, incluso, sobre la pertinencia y desarrollo de los tratados retóricos.

En efecto, mientras Cicerón llega a decir por boca de Craso que para él no existe propiamente un «arte de la palabra» —*ac primum illud respondeo, mihi dicendi aut nullam artem aut pertenuem uideri...* (*De orat.* 1, 107) respuesta que, evidentemente, se inspira en aquella otra que Sócrates había dado a Polo en el *Gorgias*¹⁰—, y mientras considera esta actividad más bien como una observación o arte menor —*quasi uero, inquit Crassus, horum ipsorum, de quibus Antonius iam diu loquitur, ars ulla sit! Obseruatio quaedam est, ut ipse dixit, earum rerum quae in dicendo*

10 *Ibid.*, 482b.

ualent; quae si eloquentes facere possit, quis esset non eloquens? (*De orat.* 2, 232)—, siguiendo en este aspecto también a Platón¹¹, por considerar, en primer lugar, que hay ciertos principios estéticos irreductibles a reglas de arte —*Id enim est maxime uitandum et de hoc uno minime est facile praecipere non mihi modo, qui sicut unus paterfamilias his de rebus loquor, sed etiam ipsi illi Roscio, quem saepe audio dicere caput esse artis decere, quod tamen unum id esse quod tradi arte non possit* (*De orat.* 1, 132)—; en segundo lugar, que son más importantes para la formación del orador otros conocimientos —*uerum intelligendum est alia quaedam ad consequendam eloquentiam esse maiora* (*De orat.* 1, 109)¹²—; en tercer lugar, que en relación con la oratoria las normas deberán quedar reducidas a su mínima expresión —*cum tam pauca sint genera causarum, etiam argumentorum praecepta pauca...* (*Orat.* 122)¹³—. Quintiliano, por el contrario, aun cuando reconoce la complejidad del tema y adopta una posición flexible sobre las reglas retóricas, lejos de poner en cuestión la validez de la retórica como arte, dejará históricamente sentenciada su definición y función al decir de ella que es *ars bene dicendi* o *scientia bene dicendi*, señalando que no sólo no es un arte menor o si se quiere una observación o experiencia, sino que consta de una parte especulativa y otra práctica¹⁴, otorgándole con ello un estatuto científico. De ahí que para Quintiliano la retórica se haya constituido en una entidad autónoma¹⁵, objeto del correspondiente estudio.

Al propio tiempo se esforzará este autor por mostrar la gran utilidad de su estudio para la formación del futuro orador¹⁶ llegando a decir de la misma: *rhetoricen bene di-*

11 *Ibid.* 463b; *Fedro* 260e.

12 *Fedro* 261a.

13 «Platon d'ailleurs, s'élève contre l'abus des divisions et des subdivisions. Et à ce propos, il fait des sophistes en renom une critique, qui annonce les railleries d'Aristote sur les technologues». M. Dufour, *Rhetorique d'Aristote* (Paris 1932). Intr., p. 10.

14 Quint. 2, 18, 42: *quid quod et inspectione et exercitatione, ut artes ceterae, constat?*

15 *Ibid.* 2, 18, 4: *nam est aliquis ac nescio an maximus etiam ex secretis studiis fructus ac tum pura uoluptas litterarum, cum ab actu, id est, opera recesserunt et contemplatione sui fruuntur.*

16 *Ibid.* 2, 16, 1: *sequitur quaestio, an utilis rhetorice...*

*centi scientiam et utilem et artem et uirtutem esse*¹⁷. En este sentido nos dirá Leemann: *E chiaro, e del tutto comprensibile, che Quintiliano ha un'alta opinione della funzione dell'esercizio retorico, e in questo sembra differire completamente dell'opinione di uomini pratici come Messala, che voluta l'usus al disopra della scientia*¹⁸.

De ahí que Quintiliano considere oportuno fijar un cuerpo doctrinal basado en las reglas y preceptos necesarios¹⁹. Más aún, tal compromiso escolástico le llevaría a desarrollar todos aquellos aspectos retóricos secundarios que Cicerón desde una posición crítica y filosófica no quiso tratar, como reconoce el propio Quintiliano: *post Ciceronem tacere modestissimum foret, nisi et rhetoricos suos ipse adulescenti sibi elapsos dicere, et in oratoriis haec minora, quae plerumque desiderentur, sciens omisisset* (3, 1, 20).

Esta opinión tan diferenciada sobre la retórica está, pues, claramente comprometida con la actitud crítico-filosófica de Cicerón frente a la didáctico-retoricista de Quintiliano.

Desde este punto de vista entenderemos mejor la distinta opinión que uno y otro autor tenían sobre los ejercicios retóricos o declamaciones.

En este sentido, el propio Cicerón recomienda este tipo de prácticas oratorias: *Et exercitatio quaedam suscipienda nobis est —quamquam uos quidem iam pridem estis in cursu— sed eis qui ingrediuntur in stadium quique ea, quae agenda sunt in foro tamquam in acie, possunt etiam nunc exercitatione quasi ludicra praedicere et meditari* (*De orat.* 1, 147); *Educenda deinde dictio ex hac domestica exercitatione et umbratili medium in agmen, in puluerem, in claustrum, in castra atque in aciem forensem* (*De orat.* 1, 157).

Y él mismo nos dice en el *Brutus* haber realizado estos ejercicios declamatorios: *commentabar declamitans (sic enim nunc loquuntur saepe cum Pisone...)* (*Brut.* 310).

Ahora bien, es claro que Cicerón entendía estas *exercitationes* como un ejercicio abierto y previo a toda acción

¹⁷ *Ibid.* Praef. 8, 6.

¹⁸ D. Leemann, *Orationis ratio* (Amsterdam 1963) (ver. ital.) p. 398.

¹⁹ Quint. 2, 11, 1: *quamquam uideo quosdam in illo statim limine obstatos mihi, qui nihil egere eius modi praeceptis eloquentiam putent...*

forense y no como un sistema educativo autosuficiente²⁰. De ahí, en primer lugar, su rechazo a la figura del *declamator* de escuela, como nos dice reiteradamente²¹, puesto que para él el hombre elocuente será aquél que *in foro causisque ciuilibus ita dicet ut probet, ut delectet, ut flectat* (*Orat.* 69). De ahí también su desconsideración hacia el género demostrativo o epidíctico, por ser un *genus gymnasiis et palaestrae dicatum, spreum et pulsum foro*²², esto es, por ser más propio de estos ejercicios declamatorios que de la actividad forense, propia del orador, aun cuando le reconozca su gran valor educativo²³. En este sentido Cicerón considera que la verdadera elocuencia para cumplir su auténtica función sólo es posible en el foro; razón por la cual elimina de su consideración aquellos otros géneros que no sean el judicial o deliberativo²⁴. De ahí, por último, su rechazo hacia la figura del *declamator* como maestro de elocuencia en contraste con la exaltación de la del filósofo. Así lo señala con relación a Pericles al decir de éste que su elocuencia no es producto de las técnicas declamatorias sino de las enseñanzas del filósofo Anaxágoras: *At hunc (Periclem) non declamator aliquis ad clepsydram latrare docuerat, sed, ut accepimus, Clazomunius ille Anaxagoras, uir summus in maximarum rerum scientia...* (*De orat.* 3, 138). Y así lo señala también en relación con su propia persona: *Eram cum Stoico Didoto... A quo cum in aliis rebus tum studiosissime in dialectica exercebar, quae quasi contracta et astricta eloquentia putanda est... Huic doctori et eius artibus uariis atque multis ita eram deditus ut ab exercitationibus oratoriis nullus dies uacuuus esset* (*Brut.* 309).

En este sentido Cicerón nos dice que se ha formado como orador no en las escuelas de los rétores, sino en los pórticos de la Academia: *...et fateor me oratorem, si modo sim aut etiam quicumque sim, non ex rhetorum officinis sed ex Aca-*

20 E. Norden, *Die antike Kunstprosa*, 5 ed. (Stuttgart 1958) p. 248.

21 Cic. *De orat.* 1, 202; *Orat.* 47.

22 *Orat.* 42.

23 *Ibid.*

24 *Ibid.*, 37, 69.

demiae spatiis existitisse (Orat 12), al igual que Demóstenes, quien se habría formado, según aquél, oyendo a Platón²⁵.

Más aún, dentro de esta desconsideración hacia el rétor, Cicerón reconoce mayor autoridad en estos temas, incluso, al experimentado orador que al maestro de oficio sin experiencia forense²⁶.

Para Quintiliano, por el contrario, las declamaciones constituyen la actividad más importante del rétor: *nam et illi (rhetores) declamare modo et scientiam declamandi ac facultatem tradere officii sui ducunt idque intra deliberativas iudicialisque materias...* (Inst. Orat. 2, 1, 2).

Y de ahí que reproche a algunos gramáticos el que se ocupen de esta actividad propia del rétor: *Ita, quod est maxime ridiculum, non ante ad declamandi magistrum mittendus uidetur puer quam declamare sciat* (2, 1, 3).

Sobre la utilidad de las declamaciones para la formación del orador nos dirá: *declamationes, quales in rhetorum scholis dicuntur, sunt utilissimae* (10, 5, 14).

Incluso el carácter de autosuficiencia aparece insinuado en este texto: *pauca mihi de ipsa declamandi ratione dicenda sunt, quae quidem ut ex omnibus nouissime inuenta, ita multo utilissima... ita est celebrata, ut plerisque uideretur ad formandam eloquentiam uel sola sufficere* (2, 10, 1-2).

Aun cuando Quintiliano reclama para las declamaciones cierto practicismo forense²⁷, no por ello deja de reconocerles su propia entidad, lo que explica la importancia concedida en este tratado a la *declamandi ratio*. En ellas no sólo reconoce su capacidad para satisfacer cualquier demanda oratoria —*neque enim uirtus ulla perpetuae dumtaxat orationis reperiri potest, quae non sit cum hac dicendi meditatione communis...* (2, 10, 2)—, sino que incluso las sitúa al mismo nivel que los discursos forenses —*nihil ergo inter forense genus dicendi atque hoc declamatorium intererit? Si profectus gratia dicimus, nihil* (2, 10, 9). Más aún, su utilidad no se limita al período escolar, sino que se prolonga

²⁵ *Ibid.* 15.

²⁶ *Ibid.* 141.

²⁷ Quint. 2, 10, 7.

a lo largo de la vida —*sed etiam cum est consummatus ac iam in foro clarus* (10, 5, 14).

Evidentemente, si Cicerón desde un punto de vista crítico-filosófico considera al mundo cultural de la academia junto con la experiencia del foro las mejores vías para la formación del orador, Quintiliano desde un punto de vista retórico reivindica la escuela y los ejercicios escolares o declamaciones como el mejor medio para formar al orador.

Esta misma actitud discrepante se observa, una vez más, ante el distinto desarrollo y atención dados por uno y otro autor a ciertos aspectos gramaticales.

Así mientras Cicerón hace una breve referencia al tema del *latine loqui* evitando caer en un análisis de detalle incompatible con su altivez crítica, como se trasluce en: *Praetereamus igitur praecepta latine loquendi, quae puerilis doctrina tradit et subtilior cognitio ac ratio litterarum alit aut consuetudo sermonis cotidiani ac domestici...* (*De orat.* 3, 48), y mientras observa la misma actitud con el *sermo purus* —*rationem non arbitror exspectari a me puri sermonis; nam traditur litteris doctrinaque puerili...* (*De orat.* 3, 38)—, a Quintiliano, su compromiso pedagógico la empuja a aceptar humildemente el desarrollo de estos pormenores, más propios del gramático que del crítico: *Ego cum existimem nihil arti alienum sine quo fieri non posse oratorem fatendum est, nec ad ullius rei summam nisi praecedentibus initiis perveniri, ad minora illa, sed quae si neglegas, non sit maioribus locus, demittere me non recusabo nec aliter quam si mihi tradatur educandus orator, studia eius formare ab infantia incipiam.* (*Inst. praef.* 1, 5).

Testimonio de tal actitud es el libro I, dedicado precisamente a cuestiones gramaticales.

Más aún, desde estos presupuestos metodológicos comprenderemos con mayor exactitud la preferencia de uno y otro autor por utilizar locuciones distintas al referirse al uso de la lengua.

Mientras en Cicerón nos encontramos habitualmente con expresiones tales como *sermo latinus* o *sermo purus*²⁸ por

28 Cic. *De orat.* 3, 38; *Orat.* 79; 153; *Brut.* 133.

oposición al *sermo rusticus*²⁹, al *sermo uulgaris*³⁰, o al *sermo peregrinus*³¹, haciendo con ello referencia a los distintos niveles de lengua, si bien invoca como la mejor norma el *sermo purus* o *latinus* por tener su base en la *bona consuetudo* o, lo que es lo mismo, en la *urbanitas*³²; Quintiliano, en cambio, atiende a estos mismos intereses lingüísticos desde una posición preceptista o gramaticalista; de ahí que prefiera el empleo de expresiones tales como *rectus sermo* o *recta oratio* frente a un *uitiosus sermo*; en consecuencia utilizará preferentemente las fórmulas *recte loqui* y *recte dicere* por oposición al *uitiose loqui* y al *uitiose dicere*³³.

Evidentemente, frente a la postura crítica de Cicerón, quien se limita a registrar la distinta fenomenología lingüística latina, señalando como base para la oratoria el *sermo latinus*³⁴, Quintiliano adopta una posición gramaticalista clasificando los hechos de lengua como correctos o incorrectos. Recordemos que para él la gramática es preceptiva³⁵. Incluso la oposición analogía/anomalía observada en estos dos autores, encuentra una explicación más satisfactoria a la luz de este método.

Cicerón, desde su posición crítico-filosófica, adopta un criterio más abierto y comprensivo, apoyando el valor de la *consuetudo* frente al intento simplificador y reduccionista de los analogistas. Recordemos, al respecto, este testimonio del Arpinate: *Quid, in uerbis iunctis quam scite insipientem, non insipientem, iniquum, non inaequum, tricipitem, non tricapitem, concisum, non concaesum! Ex quo quidam pertisum etiam uolunt, quod eadem consuetudo non probabit* (*Orat.* 159).

Esta *consuetudo* que parece luchar contra las tendencias más naturales y racionalizadoras, como señala el propio

29 Cic. *De orat.* 3, 42; *Orat.* 81; *Brut.* 259.

30 Cic. *Orat.* 192 y 195.

31 Cic. *De orat.* 3, 42 y 3, 44.

32 Cic. *De orat.* 3, 42 y 44; *Brut.* 170 s. y 258.

33 Cf. E. Bonell, *Lexicon Quintilianicum* (Hildesheim 1962).

34 Cicerón, por un lado, señala que se puede «hablar urbanamente» sin necesidad de regla alguna: *Brut.* 287: *L. Domitius nulla quidem arte, sed latine tamen et multa cum libertate dicebat*; y, por otro, adscribe a los gramáticos la terminología observada en Quintiliano: *Brut.* 261: *Caesar autem rationem adhibens consuetudinem uitiosam et corruptam pura et incorrupta consuetudine emendat.*

35 Quint. 1, 4, 2: *grammatica est scientia recte loquendi.*

Cicerón³⁶, tiene su defensa precisamente en la *uoluptas aurium*³⁷ y en la *elegantia* y *urbanitas* del *sermo latinus*³⁸.

Tal observación no es, pues, un rechazo a las leyes del lenguaje, sino el reconocimiento de su pluralidad dentro del sistema.

La posición de Quintiliano es, en cambio, la propia de un maestro o profesor de gramática y, como dice R. Marache³⁹, por profesión los gramáticos son casi todos analogistas. El propio Quintiliano plantea el tema cuando dice: *Nam siue est adsentior, Sisenna dixit adsentio multique et hunc et analogiam secuti, siue illud uerum est, haec quoque pars consensu defenditur* (*Inst.* 1, 5, 13).

En su afán por superar esta aporía y justificar el principio de la analogía, Quintiliano llega a decir que esta es producto de la *consuetudo*: *non enim, cum primum fingentur homines, Analogia demissa caelo formam loquendi dedit, sed inuenta est, postquam loquebantur, et notatum in sermone, quid quoque modo caderet. Itaque non ratione nititur, sed exemplo, nec lex est loquendi sed obseruatio, ut ipsam analogiam nulla res alia fecerit quam consuetudo* (*Inst.* 1, 6, 16).

De esta manera Quintiliano traslada el binomio *analogia/consuetudo* al de *analogia/auctoritas*, actuando estos dos últimos no como elementos de oposición sino de complementación: *nos praeter auctoritatem oratorum atque historicorum analogia quoque dictum tuebimur* (*Inst.* 1, 6, 11). Postura esta propia de un gramático que fija sus criterios en la regularidad del sistema y en el principio de autoridad, pero ya no en el uso. Testimonio revelador de tal inclinación analogista lo encontramos en la incorporación de nuevas creaciones léxicas y en la transformación semántica de palabras usuales. Este es el caso de *professor* creado sobre *profiteri* por analogía con *praecipere/praecceptor* y *docere/doctor*; o el de *orare* con el valor semántico del lexema *orator*, sustituyendo la oposición ciceroniana *dicere/loqui* por *orare/loqui*. Este mismo afán de fijar con-

36 Cic. *Orat.* 157; 159; 160.

37 Cic. *Orat.* 159 s.

38 Cic. *De orat.* 3, 42; *Orat.* 153.

39 R. Marache, 'A propos de l'analogie et de l'anomalie', *Pallas* II, 3 (1954) pp. 32-38.

ceptos semánticos por analogía con el significado de otros términos de la misma raíz lo vemos en su intento de utilizar *eloqui* como expresión propia de la *elocutio*⁴⁰.

Si todos estos aspectos hasta ahora estudiados parecen ser una derivación inmediata de tales actitudes, hay otros hechos más recónditos que, en nuestra opinión, son fácilmente explicables si los sometemos a los mismos principios metodológicos. En primer lugar debo referirme al concepto del orador ideal que nos han presentado Cicerón y Quintiliano.

Para Cicerón el orador perfecto es una idea en el sentido platónico; es ese «Bild» nunca realizable pero sí comprensible o cataléptico y, consiguientemente, estimulante. Y así lo manifiesta reiteradamente en el *Orator*, idea que ya Platón había expresado en el *Fedro*⁴¹: «*Nemo is, inquis, umquam fuit*», *ne fuerit. Non enim quid desiderem, non quid uiderim disputo redeoque ad illam Platonis... rei formam et speciem, quam etsi non cernimus tamen animo tenere possumus. Non enim eloquentem quaero neque quicquam mortale et caducum sed illud ipsum, cuius qui sit compos, sit eloquens; quod nihil est aliud nisi eloquentia ipsa quam nullis nisi mentis oculis uidere possumus* (Orat. 101).

En este sentido Demóstenes, según Cicerón, es el Orador que más se aproxima a esta idea, a este *Bild*, para constituir el *Abbild*: *Sed ego idem... recordor longe omnibus unum anteferre Demosthenem, huiusque uim accommodare ad eam quam sentiam eloquentiam, non ad eam quam in aliquo ipse cognouerim* (Orat. 23).

Para Quintiliano esta representación de la idea, este *Abbild*, se convertirá propiamente en el modelo, en la idea, en el *Bild*. Y así partiendo del principio de que *natura perfectum oratorem esse non prohibet* (Inst. 1, 10, 8) y de que su intención es formar ese orador perfecto —*nos autem ingressi formare perfectum oratorem* (2, 15, 33)— nos pondrá como modelo a Cicerón, ese perfecto orador, ese nombre de la elocuencia: *quare non inmerito ab hominibus aetatis suae regnare in iudiciis dictus est, apud posteros*

40 Quint. 8, 2, 4-5.

41 Cic. Orat. 19, 100, 133; Plat. *Phaed.*, 249c.

uero id consecutus, ut Cicero iam non hominis nomen, sed eloquentiae habeatur, hunc igitur spectemus, hoc propositum nobis sit exemplum, ille se profecisse sciat cui Cicero ualde placebit (Inst. 10, 1, 112).

Este enfoque tan diferente obedece, sin lugar a dudas, a compromisos y actitudes previas: crítico-filosófica la de Cicerón; pragmática y escolástica, la de Quintiliano. Creemos también que las relaciones entre elocuencia y poética mostradas por uno y otro autor pueden entenderse mejor por medio de este método de análisis.

Mientras en el *De oratore* Antonio dice que no comprende el lenguaje poético —*poetas omnino quasi alia lingua locutos non conor attingere... (De orat. 2, 61)*—, Craso, portavoz del sentir ciceroniano, hablará de la afinidad y parentesco entre oradores y poetas: *est enim finitimus oratori poeta... (De orat. 1, 70)*; *atque id primum in poetis cerni licet, quibus est proxima cognatio cum oratoribus... (De orat. 3, 27)*.

Afinidad y parentesco que se materializa precisamente en el campo de la *elocutio*, como nos dice Antonio reflejando irónicamente la opinión de Craso: *in oratore autem acumen dialecticorum, sententiae philosophorum, uerba prope poetarum (De orat. 1, 128)*.

La diferencia entre aquéllos y éstos es más bien de intensidad o grado que de cualidad; así nos dirá Cicerón que algunos textos en prosa de Platón y Demócrito tienen más calidad poética que la propia poesía de los cómicos⁴². Y, concretamente, los aspectos más destacados en el *Orator*, como son el *sonus* y el *numerus*, esto es, la eufonía y el ritmo, son aquéllos que ya en el *De oratore* Cicerón reclamaba a la poética: *a poetica ad eloquentiam traducenda (De orat. 3, 174)*, siendo consciente de ser el primero en darle tal importancia: *et quoniam plura de numerosa oratione diximus, quam quisquam ante nos, nunc de eius generis utilitate dicemus (Orat. 226)*.

Hay, pues, en este Cicerón crítico un deseo manifiesto de trasladar a la retórica los efectos más singulares de la

42 Cic. *Orat.* 68.

poética, dado que ambas formas de expresión participan de una misma intención común: la *uoluptas aurium*. Esta simbiosis entre poesía y oratoria se observa una vez más en este autor cuando señala la necesidad que la poesía tiene del recurso a usos retóricos: *Nec tamen id est poetae maximus, etsi est eo laudabilior quod uirtutes oratoris persequitur, cum uersu sit astrictior* (Orat. 67).

Más aún, este nivel de identificación se manifiesta a través del término *deus* con el que Cicerón designa, a veces, al orador: *In quo igitur homines exhorrescunt? quem stupefacti dicentem intueri? In quo exclamant? quem deum, ut ita dicam, inter homines putant?* (De orat. 5, 53), y a través de los estados de inspiración o enajenación, esto es, de la *inflamatio animi* o del *adflatus furoris*⁴³ que Cicerón concede al orador especialmente en la *peroratio*: *post omnia perorationem inflammatem restringentemue concludere?* (Orat. 122). Es el mismo *furor diuinus* que también Platón atribuyó igualmente al orador⁴⁴. De ahí la recomendación que Cicerón hace al futuro orador de leer a los poetas⁴⁵.

Frente a estas opiniones vinculadas a un sentimiento filosófico de ascendencia platónica, la opinión de Quintiliano está claramente subordinada a intereses pedagógicos de corte más bien aristotélico.

Así, en una primera instancia velará cuidadosamente por evitar la confusión entre los campos de la retórica y poética. En efecto, en relación con el empleo de las figuras retóricas insistirá reiteradamente en el uso restrictivo que se deberá hacer de las mismas para evitar caer en el terreno de la poesía: *At ego in agendo nec pastorem populi auctore Homero dixerim, nec uolucres per aera nare, pennis remigare, licet hoc Vergilius in apibus ac Daedalo speciosissime sit usus* (Inst. 8, 6, 17).

La razón de fondo consiste en la separación que, a juicio de Quintiliano, deberá mediar entre poesía y prosa: *in illo plurimum erroris, quod ea, quae poetis permissa sunt, conuenire quidam etiam prosae putant* (Inst. 8, 6, 17).

43 Cic. *De orat.* 2, 194; *Orat.* 132.

44 Plat. *Phaedr.* 244e; 263d.

45 Cic. *De orat.* 3, 38 s.

En este aspecto Quintiliano está siguiendo los criterios de Aristóteles, quien insiste en la diferenciación de ambos niveles ⁴⁶. Y esto explica, por otra parte, el carácter secundario que Quintiliano concedía a la *uoluptas aurium* frente a la *utilitas*, actitud esta más propia de un sentimiento interesado y pragmático: *Atque id fecisse M. Tullium uideo ut cum summum utilitati tum partem quandam delectationi daret* (*Inst.* 12, 10, 45), mientras la *uoluptas*, según este autor, es el único objetivo de la poesía: *omnia ad uoluptatem referunt (poetae)* (*Inst.* 8, 6, 14), y como placer podrá aliviar el oído del oyente de la aspereza del discurso: *cum poeticis uoluptatibus aures a forensi asperitate respirant* (*Inst.* 1, 8, 11).

Desde esta perspectiva sujeta a preceptos y normas Quintiliano no podrá suscribir la imagen *quasi diuina* del orador y mucho menos el arrebató señalado por Cicerón.

Para terminar diremos que el diferente planteamiento presentado por uno y otro sobre la *elocutio* sólo encuentra su explicación desde esta perspectiva ⁴⁷.

Como se sabe, para Cicerón el *ornatus* constituye la característica diferenciadora de la *oratio* frente al *sermo*, esto es, constituye la marca que separa el nivel retórico del nivel de uso común: *Nemo umquam est oratorem, quod latine loqueretur, admiratur. In quo igitur homines exhorrescunt? quem stupefacti dicentem intuentur? In quo exclamant? quem deum, ut ita dicam, inter homines putant? Qui distincte, qui explicate, qui abundanter, qui illuminate et rebus et uerbis dicunt et in ipsa oratione quasi quendam numerum uersumque conficiunt, id est quod dico ornate* (*De orat.* 3, 52).

Este *ornatus* se materializa según Cicerón a través del eje de la selección y el de la combinación ⁴⁸. El eje de la selección se refiere al *ornatus qui ex singulis uerbis est*, y el de la combinación al *ornatus qui ex continuatis coniunctisque constat* ⁴⁹. Para el primer caso, Cicerón alude a los

⁴⁶ Arist. *Rhet.* 1404a; 1404b; 1406a...

⁴⁷ Es extraña que G. Kennedy en su obra *Quintilian* no le haya dado la importancia que merece.

⁴⁸ Expresiones tomadas de R. Jakobson, *Ensayos de Lingüística General* (Barcelona 1975) p. 380.

⁴⁹ Cic. *De orat.* 3, 148; *Orat.* 80.

uerba propria que deberán ser *lecta et illustria* y a los *uerba aliena* (*uerbum inusitatum, nouatum, translatum*)⁵⁰. Para el segundo caso, Cicerón hablará de la *continuatio uerborum* o *collocatio uerborum*, refiriéndose con ello a la *compositio*, a la *concinnitas* y al *numerus*; a este segundo eje añade, como complemento, los *lumina sententiarum atque uerborum*⁵¹. El período, o, mejor, la *collocatio uerborum* constituye, pues, el cañamazo retórico sobre el que se podrán bordar los demás procedimientos literarios. Más aún, la postergación de las figuras retóricas con relación a los aspectos eufónicos y rítmicos de la *collocatio uerborum* lo expresa Cicerón, unas veces, a través de Craso: *Quibus (numeris) utinam similibusque de rebus disputari quam de puerilibus his uerborum translationibus malluissetis!* (*De orat.* 3, 197).

Y, otras, directamente: *Quas (sc. sententias) cum tu optime, Brute, teneas, quid attinet nominibus uti aut exemplis* (*Orat.* 136).

Cicerón prefiere, pues, estudiar aquellos aspectos que por su naturaleza son más entrañables a la función poética y, consiguientemente, retórica, que detenerse en ofrecer el catálogo de tropos de figuras, tarea propia de cualquier rétor, pero no de un crítico de arte como lo es Cicerón en esta última etapa de su vida el estilo platónico⁵².

La postura de Quintiliano, por el contrario, es la de un rétor y, como tal, habrá de prestar atención preferente al desarrollo de los tropos y de las figuras retóricas⁵³, aun cuando tenga en cuenta las opiniones de Cicerón sobre la *elocutio* y, más concretamente, sobre el *ornatus*⁵⁴ y aún cuando reproche a los rétores la dedicación exagerada a las figuras retóricas⁵⁵. Más aún, este espíritu escolasticista le llevaría a presentar un amplio repertorio de vicios retóricos, entendidos por el autor como el negativo de las virtudes: *ceterum dicturus, quibus ornetur oratio, prius ea*

50 *De orat.* 3, 37 y 155; y *Orat.* 80.

51 *De orat.* 3, 201; *Brut.* 140, 141, 275, *Orat.* 140.

52 *Vid. supra* 13.

53 G. Kennedy, o. c., p. 86: «In fact Quintilian is the earliest estant writter to use *figura*».

54 Quint. praef. 8, 14 y 8, 3, 6.

55 *Ibid.* 9, 3, 89.

quae sunt huic laudi contraria attingam: nam prima uirtus est uitio carere (Inst. 8, 3, 41).

En cambio, frente a aquellos aspectos más consustanciales con la función poética trasladados por Cicerón al campo de la retórica, Quintiliano se limitará a tomar algunas ideas de Cicerón sin detenerse en ellas, como nos dice: *itaque accedam in plerisque Ciceroni atque in his ero breuior (Inst. 9, 4, 2).*

En Quintiliano vemos, pues, un cambio de acentuación en estos temas frente a Cicerón. El amplio estudio crítico que éste hiciera sobre la *collocatio uerborum* como fundamento del estilo retórico, aquí en Quintiliano tiene el carácter de apéndice, aun cuando le haya reconocido cierta independencia frente a las figuras de lengua. Más aún, el tratamiento que Quintiliano presenta sobre la *compositio (ordo, iunctura y numerus)*⁵⁶ difiere de aquel otro presentado por Cicerón en el *Orator*⁵⁷. Las razones de esta divergencia responden, en nuestra opinión, a criterios escolásticos: no cabe duda de que los conceptos ciceronianos correspondientes a los términos de *concinnitas* y *numerus* tenían una gran afinidad y eran fácilmente confundibles, puesto que ambos términos hacían referencia por igual a la *oratio numerosa*. Desde un punto de vista pedagógico presentaban, pues dificultades. Por otra parte, desde el momento en que Cicerón reconocía como base de tal *concinnitas* las figuras gorgianas, Quintiliano prefirió dedicarle un amplio desarrollo a dichas figuras, denunciando, además, la importancia dada por Cicerón a las mismas⁵⁸. Más aún, es revelador de tal discrepancia el hecho de que Quintiliano utilice como ejemplo de estas figuras aquel mismo que Cicerón había utilizado para ejemplificar la *concinnitas* tomándolo de su *Pro Milone*⁵⁹.

Como consecuencia de todo ello Quintiliano elimina el término y concepto de *concinnitas* y para mantener la división tripartita introduce el *ordo rectus*, aspecto éste que

56 *Ibid.* 9, 4, 32; 9, 4, 147; Cf. A. Alberte, 'Pervivencia histórica y proyección sintáctica de la *concinnitas*', *Durius*, VII (1979).

57 *Cic. Orat.* 201.

58 *Quint.* 9, 3, 74.

59 *Cic. Orat.* 165; *Quint.* 9, 3, 83.

más bien se refiere a la función sintáctica que a la estilística, pero que a nivel pedagógico era mucho más asequible.

Quisiera concluir diciendo que si bien es notoria la diferencia de criterios entre el orador y el rétor, no ha sido aprovechada metodológicamente para explicar todas estas diferencias de opinión, de naturaleza tan diferente en algunos casos.

Incluso algunos aspctos no tratados formalmente en este artículo, como la importancia del *magister* frente a la *natura*, o el tratamiento de *uir bonus* podrían encontrar mejor explicación a través de este método ⁶⁰.

ANTONIO ALBERTE GONZALEZ
Universidad de Valladolid

⁶⁰ La sugestiva tesis de M. Winterbotton sobre el concepto del *uir bonus* quintiliano desarrollado en su artículo 'Quintilian and the *uir bonus*', *The Journal of Roman Studies*, LIV (1964) podría ser contestada desde estos presupuestos.